



# El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9183

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.—

JUEVES 9 DE JUNIO DE 1902.

## MME. LEONIE BROUTIN MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un elegante y variado surtido de sombreros de señoras procedente de las principales casas de París.

CALLE DE ANDINO NUMERO 3

## LUZ BRILLANTE

Petróleo extra superior.—Completa seguridad.

Se vende en bidones, con grifos precintados de 5 litros.

El precinto garantiza al consumidor la calidad y la cabida.

Nuestra LUZ BRILLANTE es ININFAMABLE. Arde en todas las lámparas para petróleo hasta la última gota sin ningún olor, sin que disminuya la intensidad de la llama y da una luz espléndida.

Depósito en Cartagena.—C. Pérez Lurbe.—Museo comercial.

Exíjase en las tiendas el bidón precintado.

## LA TIERRA

II

Pocos hombres hay capaces, como Filolao, de rechazar el testimonio de los sentidos para abrazar el sistema que acusa á éstos de error.

El sistema de Hiparco, sostenido por Ptolomeo, prevaleció sin contradicción; pero como los nueve cielos de Ptolomeo no pudiesen explicar ciertas dificultades, tales como la precisión de los equinoccios y el movimiento de trepidación ó balanceo de ciertos cuerpos celestes, los astrónomos de la Edad Media añadieron á los nueve cielos de Ptolomeo, otros dos cielos superiores que designaron con el nombre de primero y segundo cristalino, presentándolos como los primeros motores.

El sistema de Ptolomeo fue adoptado en toda Europa, y subsistió sin oposición hasta el siglo XVI.

Copérnico, sin embargo, osó ele-

vase contra la opinión general y, convencido del doble movimiento de la tierra, resucitó las doctrinas de Filolao y de Aristarco.

Los sabios se fraccionaron y Copérnico sintió una fuerte contradicción.

Ticobrahe, astrónomo dinamarqués, emprendió la conciliación de ambos sistemas é imaginó uno que por nadie fue adoptado. Suponía la tierra inmóvil en el centro del universo, al sol y la luna dando vueltas alrededor de ella y los otros planetas dando vueltas alrededor del sol.

Difícil era concebir y explicar esta complicación del movimiento en los cuerpos celestes.

Kleper, alemán, demostró el error de Ticobrahe, y Galileo de Florencia apoyó con hechos las observaciones de Copérnico y de Kleper, apreciados y explicados con el auxilio del telescopio que aquél introdujo en el estudio de la astronomía. Cassini, Huyghens y Garrendi añadieron nuevas observaciones, á las de Galileo, y entonces el sistema de Copérnico se estableció sin réplica alguna, con solo algunas ligeras modificaciones.

Hacia este mismo tiempo Descartes hizo aparecer su sistema de los torbellinos.

Según él, cada estrella fija, cada sol es el centro de un torbellino que se compone de capas de materia sutil, las cuales dan vuelta sin cesar, los planetas y sus satélites tienen torbellinos particulares. Con estos torbellinos Descartes y sus discípulos pretendieron explicar todo el mecanismo de los cielos y de la tierra. Mas Newton anuló este sistema demostrando la ley general de la atracción y la de la repulsión ó fuerza centrífuga. Dos leyes importantes que, con la combinación de sus efectos, producen el movimiento de los cuerpos celestes manteniéndolos en un equilibrio perpetuo.

El ilustre Laplace ha dado una última forma al sistema del mundo,

al admitir, como punto de partida, la hipótesis de Copérnico y la ley de la gravedad universal. Vamos á exponer en pocas palabras esta admirable concepción, corriente hoy entre los hombres de ciencia.

Según la grandiosa hipótesis del ilustre geómetra francés, nuestro sistema planetario no fue más que una nebulosa en su principio, ó sea un cúmulo inmenso de vapores cósmicos, cuyos límites se extendían mucho más allá de las órbitas actuales de nuestros planetas, y que, al través de los siglos, se han ido condensando. La parte sólida que en cada uno se forma no es más que una masa gaseosa, arrimada de un movimiento de rotación sobre sí misma, en contacto con una atmósfera inmensa. Por el enfriamiento general del sistema, esta atmósfera va abandonando sucesivamente, en el plano de su cenador ó sea en el punto donde es más veloz la fuerza de rotación, unas zonas lenticulares de las cuales nacen los planetas por la aglomeración, en un solo montón, de esta materia abandonada.

A veces estas zonas conservan la forma circular, de lo cual los anillos de Saturno nos ofrecen ejemplos; sin embargo, es lo más frecuente el que se separen en diversas partes. Los fragmentos pueden quedar separados, como lo vemos en el mundo de los pequeños planetas telescópicos que, en número de 141, se hallan situados entre Marte y Júpiter; pero también pueden reunirse en una sola aglomeración y es lo más frecuente. Todos estos cuerpos presentan volúmenes decrecientes, presentando los más alejados del sol una zona lenticular más extensa, y por consiguiente una masa más considerable.

Los planetas así formados son en su origen unas masas gaseosas que continúan dando vueltas alrededor del sol, en virtud del movimiento de que participan primitivamente; pero á la vez dan vueltas sobre sí mismos, porque en el anillo origi-

nario, las moléculas más alejadas del centro solar tenían una velocidad mayor que las otras. En virtud de esta rotación, cada uno toma la forma de un esferoide aplastado de los polos, y luego, en cada uno de estos pequeños mundos, empieza de nuevo el fenómeno que acabamos de explicar, ó sea que: la atmósfera planetaria abandona á su vez unos anillos, de los cuales nacen los satélites.

Las partes sólidas de los planetas, así como los de los satélites, se solidifican en su superficie; pues las atmósferas se encierran ajustadamente á sus respectivos cuerpos, como la carne del melocotón al hueso, y la inmensa extensión que al principio ocupaba la nebulosa, ya no se ve ocupada más que por algunos globos celestes que se mueven con regularidad alrededor de su centro común.

Tal es la teoría imaginada por el autor de la «Mecánica celeste» para explicar nuestro sistema de mundo.

(CONTINUARÁ.)

MODESTO MARTI.

## CORREO DE SEÑORAS

(DESDE PARÍS.)

Se dice que las mujeres, cuando se reúnen, no saben hablar más que de trapos ó murmurar del prójimo... y son nuestros señores y dueños los que nos crean tan amable reputación... Confieso que, por desgracia, la merecemos algunas veces; sin embargo, muy á menudo se pudiera aplicar á estos señores la máxima del Evangelio que dice: «En lugar de ver la paja que está en el ojo de vuestro vecino, fijaos en la viga que hay en el vuestro.» Pero ¿á qué nos conduciría esta réplica? Apenos reflexiones de una y otra parte, de las cuales se pudiera sacar provecho para afirmar que añadimos un mal carácter á las excelentes cualidades que se nos conceden. En semejante caso vale más, según creo, la acción que la palabra, pues sólo nos defendemos cuando somos culpables y desdefiamos la acusación cuando somos inocentes. A mi parecer, esta acusación, por dura que sea, nos será aprovechable, si el horror que

inspira á todas las almas bien nacidas impide que algunas jóvenes aturdidas incurran en la falta que se nos atribuye.

Es preciso sacar de todas las cosas alguna lección que nos aproveche; y aquellos que siempre nos adulan son menos amigos nuestros que los que nos critican, y suponiendo que el interés afectuoso no sea siempre el móvil de esta crítica, no tratemos de escudriñar el fondo del pensamiento, tratando únicamente de sacar provecho para nuestra conducta futura de la lección ó de los consejos recibidos.

Ciertamente, hablar de modas es cosa interesante, puesto que tenemos necesidad de vestirnos y en tal caso vale más que nos vistamos con elegancia y buen gusto que demostrándonos que carecemos de estas cualidades; hasta es un deber para la mujer el no descuidar su toilette y tener algo de coquetería, pues necesita de ella para agradar á su marido; pero esto no debe ser considerado más que como un accesorio útil y no ocuparla continuamente y dominar por completo su pensamiento.

El buen orden en su casa, la educación de sus hijos, las artes, la literatura, y por encima de todo esto, la caridad, son para ellas interesantes ocupaciones, que ofrecen para la conversación mil asuntos interesantes, y tratándose de los cuales ciertas señoras que conocemos dan quince y raya á más de un hombre de talento.

El otro día nos encontrábamos en un salón muy conocido... La dueña de la casa es una parisiense pur sang, mujer de mundo, y que ocupa en el barrio de San Agustín un cuarto soberbiamente amueblado, añade á su mérito los encantos de un talento cultivado, de un alma recta y de un corazón generoso.

Estábamos reunidos allí algunos amigos íntimos y se habló precisamente del asunto que ahora nos ocupa; un respetable anciano, cuya erudición da realce á su amabilidad natural, quiso servirnos de defensor, y habló así: Tengo mucha experiencia ¡ay! puesto que mis años son muchos, y puedo citaros mil ejemplos en apoyo de esta aseveración: que las mujeres de mundo valen más que su reputación; á los hombres si que se les pudiera censurar á menudo la futilidad que manifiestan: hay muchos entre nosotros que pasan la vida variando el corte de su barba, inquiriendo cuales la corbata que

65

LUCI.

luz y la sombra; con su silencio y sus ruidos; con sus praderas y sus eriales; lo amo y lo bendigo, porque confiesa á Dios y ejecuta sus mandamientos; así cuando se fecunda, como cuando se esteriliza obligándonos á confesarle llamándole en nuestro auxilio.

Mi tío me dejó decir cuanto yo quise—y como ves no me contenté con poco—me escuchó con atención,—de lo que yo me sentía singularmente satisfecha,—y cuando callé y pasaron algunos instantes; persuadido sin duda de que la cuerda se había acabado y la palabra quedaba á su disposición, más dudoso de mi veracidad, que confundido de mi elocuencia, me dijo con su tono de siempre, tono que está fuera de las notas del diapason general.

—Todo eso está bien, pero en tu afición un poco exagerada, en tu aprecio que eleva tan alto sus valores; la sociedad pone profusamente sus millaradas. ¿Es verdad hija mía?

—No, tío Alberto.

—Vamos, sé franca: quita al campo de tus recuerdos, el de tu padre; separa de éste, los que te le embellecen, y dime comparando lo que prefieres: campo ó sociedad, la poesía ó el positivismo.

—Tío Alberto; con verdad: no conozco el mundo. Apesar de mis veinte años y medio, no he pasado sus umbrales. Mi mundo es el mundo del corazón, el que se encierra bajo mi techo y como no conozco, no com-

64 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

serio que me fue posible,—ha influido poderosamente en mis aficiones; jamás me he separado de mi padre, y estoy calcada en él, á salvo la diferencia de lo grande y lo pequeño.

Esto es verdad; tú misma me has dicho muchas veces que era mi padre con faldas; y tía viendo y celebrándolo, no pocas me ha llamado Dieguito.

—Niña,—proseguí evocando los dulces recuerdos de aquellos tiempos,—todos los días iba á paseo cogida de su mano siempre, siempre me llevaba al campo; joven ya, seguí acompañándole constantemente, y en la juventud como en la niñez; horizontes, arboledas, accidentes del terreno, flores, yerbas, piedrecillas azuladas, aves, insectos, rumores, todo en fin lo que forma parte integrante de este inmenso y variado todo: desde el melancólico grito del alcaravan hasta el trino del ruiseñor; desde el arroyo al río; desde el tomillo al roble; desde el espacio al infinito que revela; tienen el poder de atraerme, de agradarme, de llenar mi pensamiento, de dilatar mi corazón, de hacerme feliz!

Tomé aliento porque me ahogaba entre mi larga tirada de palabras y lo áspero y empinado de la cuesta por donde trepábamos, tío Alberto asegurándose en su bastón ferrado, yo suspendida casi en su brazo; y luego queriendo resumir y darle conclusión digna á lo expuesto, añadí medio enternecida:

—Me gusta el campo, me gusta y lo amo, con la

lo hago, mi sombrero de paja verdaderamente recargado de flores silvestres. Dila el brazo y bajamos al comedor. Bebí de pié una taza de leche, tía me llenó el bolsillo de rosquillas, tomé mi abrigo y fuimos á reunirnos con tío Alberto que ya nos estaba esperando en el jardín.

Sin detenernos salimos á la huerta y emprendimos nuestro paseo enderezándole bonitamente á la montaña sin que hubiésemos trocado media docena de palabras.

Al verme en el campo, sola, pues mi compañero de paseo está por cima de todas las naderías de la sociedad en que vive; al verme sola, repito, sin tener que ajustar en lo que alcanzo y me es posible, desde mi sencillo traje hasta mi humilde ser, al molde elegantísimo y perfecto de los que me rodean; ensanchóse mi alma, dilatóse el corazón pareciéndome que de repente mis pupilas se habían tallado como el diamante en mil puntas, y que por todas penetraba la luz y la devolvían en irisados rayos. Viéndolo todo iluminado, engrandecido, lleno de belleza y de armonía; comencé á sentir, primero deseo, luego necesidad de hablar, de compartir con otro mis impresiones, apoderándose de mí tal alegría que de buenísima gana hubiera corrido, triscado, soltando mi voz al viento sin modular, en gritos como los torrentes, en trinos como los pájaros, en himno de alabanza como el que la naturaleza entera elevaba al Criador de tantas y sublimes maravillas.